

Narrativa La alemana Esther Kinsky se reconcilia con la vida, tras la muerte de su marido, en un bello viaje a Italia descrito con una gran riqueza emotiva y literaria

Es más dolorosa la ausencia

ÁLVARO COLOMER

Mueren las personas y el mundo sigue girando, aunque quizá más lentamente. Este es el mensaje que Esther Kinsky (Engelskirchen, 1956), probablemente la prosista alemana más honesta del momento, nos lanza desde *Arboleda*, segunda ficción de la autora pero primera en ser traducida al castellano. Se trata de una novela sobre el duelo a la que, inevitablemente, nos acercamos como si de unas memorias se trataran. Porque la autora perdió recientemente a su marido, el traductor británico Martin Chalmers, y la narradora de su historia, de quien por cierto nunca sabemos el nombre, aca-

Se trata de una novela sobre el duelo, a la que inevitablemente nos acercamos como si fueran unas memorias

No ocurre nada, solo paisajes descritos con una riqueza de vocabulario pasmosa y detalles minúsculos

ba de enterrar a su compañero sentimental, a quien simplemente llama M., y se dispone a iniciar en solitario el viaje por Italia que habían planeado juntos. Nos encontramos, pues, ante una narración que tiene el mismo punto de partida –y quizá de destino– que *Niveles de vida* de Julian Barnes y tantas otras obras nacidas como reacción a la muerte de un ser querido.

Aquí, el viaje que emprende la narradora se desarrolla en tres fases: en la primera, que tiene como enclave la pequeña localidad de Olevano Romano, la doliente se dedica a observar el movimiento pausado de la naturaleza en invierno; en la segunda, la protagonista sigue la ruta planificada mientras

se deja invadir por los recuerdos que todavía conserva de su padre, un hombre al que idolatraba y con quien visitó Italia en la infancia; y en la tercera, la viajera queda maravillada con la belleza del valle del Po, un lugar tan cargado de silencio y a la vez de actividad que no puede más que reconciliar –o al menos intentarlo– a la narradora con la vida.

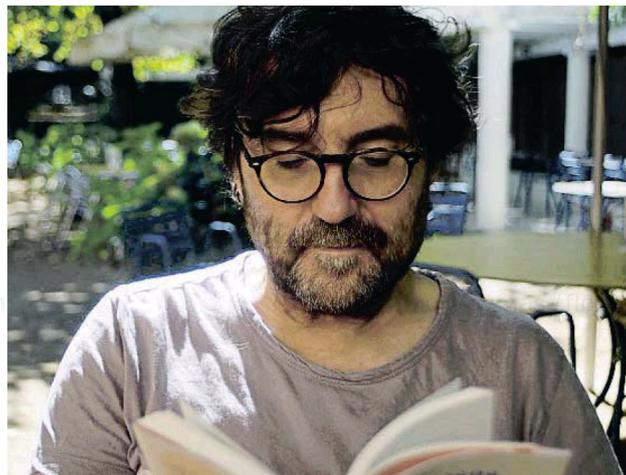
Eso es lo que ocurre en esta novela en la que, en realidad, no ocurre absolutamente nada. Sólo paisajes descritos con una riqueza de vocabulario pasmosa y detalles minúsculos únicamente detectables por una observadora entrenada. Porque en *Arboleda* tiene la misma importancia un bosque de pinos visto desde la distancia que la pata herrumbrosa de un banco instalado junto a la cancela de un cementerio. Todo posee belleza en esta novela que, no obstante, nos deja con una profunda sensación de tristeza o, cuando menos, de aceptación de la realidad más difícil de asumir por un doliente: que, pese a todo, siempre debemos seguir adelante.

La crítica alemana se ha empeñado en comparar a Esther Kinsky con W. G. Sebald. Es cierto que ambos autores comparten algunos elementos en común, como puedan ser el uso de un estilo alambicado y la tendencia a las descripciones extensas, además de la temática del viajero que observa con parsimonia el mundo que le rodea, pero tampoco debemos tomar esa equiparación demasiado en serio, sino como un mero punto de agarre para entender qué tipo de autora es Kinsky. Con todo, *Arboleda* es una novela hermosa que nos hace entender que no es lo mismo la muerte de un ser querido que su ausencia. De eso habla este poema narrativo: del vacío que dejan quienes se van y de lo lleno que sigue estando el mundo. |

Esther Kinsky

Arboleda

PERIFÉRICA. TRADUCCIÓN: RICHARD GROSS, 336 PÁGINAS, 19,90 EUROS



Novela Julià Guillamon transforma treinta años después 'La fábrica de fred', su primer libro de creación literaria, en 'La fábrica de gel', una gran historia de amor

Qué fue de todos ellos

Julià Guillamon en el Hotel Montsolí de Arbúcies

MORRÓSICO VILA-SAN JUAN

ALBERT LLADÓ

El escritor y crítico de este suplemento Julià Guillamon (Barcelona, 1962) publicó *La fábrica de fred* en 1991, en Empúries. Era su primer libro de creación literaria, y aún no había cumplido los treinta años. Ahora ha vuelto a ese texto para reescribirlo, subrayando la trama que asomaba tras la radicalidad del experimento. El título ha mutado en *La fábrica de gel*, pero los escenarios son los mismos: discotecas, taxis, entramados industriales, el zoo, y los múltiples garajes de una ciudad nocturna y noctámbula. Y ellas, Lisita y Sònia, dos mujeres con las que el protagonista va ensayando el deseo, los anhelos, el deambular, y las primeras renunciaciones.

Uno comienza la lectura pensando que está ante un libro de relatos pero, poco a poco, va adentrándose en una suerte de novela de ritmo trepidante, de percepciones lúcidas y minuciosas, de un claro compromiso con el detalle, a través de capítulos cortísimos que van dibujando una biografía. Un mapa. Una constelación de referencias, desde Godard a Elvis Costello, que funcionan como caja de resonancia de la propia vida.

El escritor ha traducido su propio texto, su propia escritura, en el sentido que tenía Walter Benjamin de la traducción. No se trata de buscar la semejanza con el original, sino de estirar del hilo de todo lo que allí había de potencia, para traerlo a un presente que es todo menos actualidad. Es también un retrato, pues, de una generación que, atravesando la noche, el sexo y las diversas tentativas de la juventud, ve cómo el entorno –Barcelona, finales de los años ochenta– ha ido congelando muchas de las ilusiones de una sociedad que ya no está en transición.

Tal y como explica en el prólogo el editor de Galaxia Gutenberg, Joan Tarrida (quien también firmó el prólogo cuando apareció el libro por primera vez), la transformación del frío al hielo es significativa. Se pasa de lo invisible a

lo visible, de lo incorpóreo a lo sólido, de aquello etéreo a lo que puede ser palpado. El protagonista, como no puede evitar proyectarse en las cosas, aprende a expresar un dolor que no siente. Tal vez esa es la única infidelidad posible. El único simulacro.

La avería de un coche es la avería del mundo, nos dice el narrador. Cuando todo se mueve no hay desplazamiento posible, insistirá.

El libro, que incluye cinco cuentos inéditos, nos acerca a Barreiros, quizás el alter ego del autor. El personaje lo tiene claro. "En una época en la que muchos buscan la manera de tener un público, reduciendo, simplificando", él está empeñado en escribir de una manera muy determinada, combinando historias paralelas que monta y desmonta, alargando las películas con la imaginación, y alimentando las obsesiones que nacen con una lectura, y que

No busca la semejanza con el original, sino que estira del hilo de todo lo que allí había de potencia, para traerlo a un presente

a uno le acompañará durante toda la vida.

El protagonista regresa a la ciudad que un día fue escenario y representación. Se acerca a la casa de Lisita y al piso donde Sònia vivía con sus padres. ¿Qué fue de todos ellos? Es un mundo que le ha sido arrancado como cuando te cortan una pierna. Cuando nos dormimos, podemos sentir que aún existe el miembro extirpado. No es el frío, ya, de la indiferencia. "El túnel suda como si tuviera fiebre". Hay imágenes de esa ausencia que no se olvidan fácilmente. La memoria crea sin escrúpulos, sin dogmas. |

Julià Guillamon

La fábrica de gel

GALAXIA GUTENBERG, 215 PÁGINAS, 16,90 EUROS